

EL DÍA

De Aquí y de Allá

por Frida MODAK

LA TRISTE REALIDAD

Con la instauración del régimen militar argentino, el panorama latinoamericano se va haciendo cada vez más sombrío y se van cumpliendo inexorablemente las recomendaciones hechas por Nelson Rockefeller en 1969. Ya nos hemos referido muchas veces a esas recomendaciones que sugerían el establecimiento de regímenes militares amigos en nuestro continente, para mantener la zona de influencia de los Estados Unidos. El informe del actual vicepresidente norteamericano ya es algo más que un conjunto de papeles, corresponde a una dramática realidad. Tal vez lo más angustioso de esta situación es ver cómo cada cierto tiempo se va cumpliendo esta suerte de designio sin que los pueblos puedan hacer nada, unas veces porque el poderío bélico de los enemigos que Estados Unidos les echa encima es aplastante, y otras por la irresponsabilidad de sus propios dirigentes.

El golpe dado en Argentina tiene razones inmediatas diferentes a otros; los militares que lo encabezan no muestran (al menos hasta ahora) las características brutales de un Pinochet. Sin embargo, no por ello puede aceptarse que la militar sea la única solución para nuestros países. Las reacciones que se han producido en el mundo tienden a un razonamiento demasiado sencillo: Argentina vivía una situación insostenible, sus fuerzas armadas esperaron largo tiempo a que las autoridades civiles encontraran una salida y finalmente las cosas ya no daban para más. Hay mucho de cierto en ello, pero también es cierto que ese análisis es incompleto. Argentina vive una crisis que se remonta a los años en que Perón ocupó por primera vez la presidencia de ese país y a la que nunca se le ha dado solución porque siempre han prevalecido los intereses de minorías nacionales y de inversionistas extranjeros que no han vacilado en recurrir a la implantación de un régimen militar para oponerlo a las aspiraciones populares.

Los años gloriosos de Perón y Evita no fueron tampoco un gobierno popular, sino más bien populista, pero así y todo, fue la primera vez que los trabajadores argentinos dejaron de ser ciudadanos de segunda clase. Al derrocamiento de Perón sobrevino una serie de pronunciamientos militares y de gobiernos civiles que nunca alcanzaron a terminar su periodo, porque los uniformados rechazaban hasta las más tímidas manifestaciones del desarrollismo. Y durante todo ese tiempo, el peronismo subsistió, pero lamentablemente como imagen mítica para la mayoría y no como una concepción política que encontrara una base doctrinaria en el justicialismo. De ese concepto mítico entraron a participar los que vivieron la época de Perón y los que la conocieron de oídas. Para todos representaba algo diferente, que se confundía con otras ideologías políticas y con otras concepciones acerca del desarrollo revolucionario.

Por eso, ya en la década del setenta, con los problemas económicos internacionales que tam-

bién repercutían allí, con el empuje que las ideas revolucionarias le habían dado a los trabajadores y a la juventud argentina y con el afán libertario, que se daba en todas las latitudes, los militares de ese país llegaron a un punto en el que les era imposible mantenerse en el gobierno y seguir administrando una situación que pretendían mantener estática, en contra del gran dinamismo social que se estaba demostrando. Decidieron entregar el poder a los civiles, a sabidas de que lo ganaría el peronismo, por considerar que era una experiencia necesaria. El desafío era grande, el peronismo tenía la oportunidad de demostrar su capacidad conductora y transformadora y de abrir una nueva era en la historia de su país, otrora grande y en ese momento empequeñecido como consecuencia del oscurantismo en que se empeñaban en sumergirlo. El pueblo los recibió esperanzado; es indescriptible la alegría que reinó cuando Héctor Cámpora asumió el mando. Y cuando Perón regresó al país pareció que ya todo estaba completo, que se había iniciado la gran marcha hacia los nuevos tiempos.

No fue así. Perón optó por su propia reivindicación histórica y la quiso total. Recuperó la presidencia de la república y decidió hacerlo con la fórmula que antes los militares le habían rechazado, llevando a la vicepresidencia a su nueva esposa, que distaba mucho de tener las condiciones de líder innata de Evita. El que se diera esa satisfacción personal no habría importado tanto si él no tuviera clara conciencia del poco tiempo de vida que le quedaba. De ahí que al hacer el análisis de lo que ocurre hoy, haya que fijarle también su cuota de responsabilidad, porque dejó a la deriva al gran movimiento popular que lo desagrávió y frente al cual tenía un deber, que no cumplió. Y con su muerte comienza el duro período que ha vivido y sigue viviendo la Argentina.

Los militares que hoy la gobiernan pueden elegir el camino de la brutalidad pinochetista o una fórmula intermedia que los asemeje al movimiento revolucionario de la Fuerza Armada del Perú. Lo interesante es que cualquiera de las dos modalidades que se imponga tiene un significado que es necesario considerar. Si se opta por el pinochetismo será porque se admite que el pueblo y sus aspiraciones constituyen una fuerza tan poderosa, que es preciso aniquilarla para vencerla y volver al pasado. Y si se adopta la fórmula intermedia también será porque se reconoce la fuerza del pueblo al que se buscará atraer. Y estas posibilidades representan un nuevo desafío al peronismo, no al mítico sino al doctrinario, al que a pesar de la represión sangrienta desatada por María Estela Martínez de Perón y sus asesores, logró conformar y mantener una base conciente que representa un nuevo punto de partida porque está consolidada y depurada. Son estas bases populares concientes de Argentina, de Chile, de Bolivia, de Uruguay, de Paraguay y de todos los países víctimas de la dictadura militar derechista, las que constituyen la reserva moral de nuestro continente. De ellas saldrán los conductores que de una u otra forma construirán un mundo nuevo. En el caso argentino, este contingente popular tiene desde ahora un rol de primera importancia que jugar cuando están por definirse las características del régimen que acaba de implantarse.